

ENCUENTRO CON VICENTE ALEIXANDRE (1940)

Cada momento de la Historia tiene personas que la representen. La literatura, la poesía singularmente, tuvo siempre las suyas. Si hasta 1936 era Juan Ramón Jiménez el padre de la llamada generación de 1927, a partir de 1939 fue Vicente Aleixandre el padre de las nuevas generaciones españolas entregadas a la lírica.

Nada importaba que su obra publicada anteriormente tuviera que dormir en los almacenes de la Editorial Espasa Calpe para que los jóvenes, con su certero instinto orientador, no aprendieran muy pronto el camino de la casa de Vicente Aleixandre.

Sin detenerme a pormenorizar el motivo por el cual me fue posible, yo misma, en la revista creada y dirigida por don Juan Aparicio, *El Español*, conseguí publicar el primer artículo (no recogido en su bibliografía, por cierto) sobre el poeta de la calle *Velintonia, número 3*, con un retrato que le hice, entre otros muchos, en su jardín.

Asimismo tuve la feliz oportunidad de poder publicar la segunda edición de *La destrucción o el amor* (Premio Nacional 1934) en la colección Vida y Poesía, de la Editorial Alhambra, de Madrid, en 1945. La inteligente comprensión de sus mentores (destaco los nombres de Emilia y Benito Montuenga) hizo posible, con entusiasmo, que la inauguración de la colección citada que dirigía yo fuera con el preclaro nombre de Vicente Aleixandre. El cual, a modo de prólogo, incluyó su «confidencia literaria», publicada en las *Entregas de Poesía*, que dirigía Juan Ramón Masoliver en Barcelona, con fecha 1944. Al final del libro iba una *Nota de la edición*: «De este libro se ha retirado, para la presente edición, el poema "Cada cosa, cada cosa", que será reintegrado en su día al anterior libro del autor de *Espadas como labios*, al que virtualmente pertenece, habiéndose incluido en su lugar el poema inédito "Triunfo del amor".»

En el folletito de propaganda editorial se recogieron «algunas palabras sobre Vicente», firmadas por Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez, Juan Ruiz Peña y Eugenio de Nora. Las precedían las que transcribimos: «La resonancia que en el ámbito actual

de nuestras letras ha logrado el último libro de Vicente Aleixandre, *Sombra del paraíso*, señalado por nuestro primer crítico literario Dámaso Alonso como "la cima de la poesía española contemporánea", no debe hacernos olvidar que fue *La destrucción o el amor* el libro que consagró definitivamente a Vicente Aleixandre como poeta y le situó en la primera línea de nuestra lírica. A este libro le fue otorgado el primer Premio Nacional de Literatura de 1934. Editado en 1935, su primera tirada se agotó en poco tiempo y desde hace unos años resultaba imposible encontrar ningún ejemplar. Desde entonces ha ido creciendo la demanda, y a satisfacer ésta y la sentida necesidad consiguiente acude hoy la *Editorial Alhambra* con una nueva edición de *La destrucción o el amor*, que hará llegar a todos los lectores este libro capital, recibido al aparecer por el ilustre crítico antes mencionado, "como uno de los libros más genuinos, más fieles a la entraña eterna de la poesía, así como uno de los más ricos y traspasados de universal pasión que ha producido la literatura española en estos últimos años" (*Revista de Occidente*, 1935). Libro, además, de especial significación por la decisiva influencia que ha venido ejerciendo en un extenso sector de la juventud poética actual. Con esta obra inaugura Editorial Alhambra su nueva colección Poesía y Vida.»

«Poesía y Vida es una colección cuyo espíritu se anima con el más absoluto amor a las formas imperecederas de la lírica. Y así, cuantos libros expresen con fidelidad la verdad de su tiempo, vendrán a nuestra colección para permanecer y atestiguar ante los hombres que en ellos se contiene lo más noble del mundo: el aliento eterno y divino, inmarchitable, de la poesía.»

Conocía a Vicente por el «Retrato» que Juan Ramón Jiménez le dedicó, y aparece también en su libro *Españoles de tres mundos*, por referencias de comunes amigos y por muchos de sus poemas, naturalmente. El hecho de vivir nosotros, Antonio y yo, en Cartagena y visitar Madrid por pocos días casi siempre fue la causa de no ver a Vicente personalmente.

Fue en 1940 exactamente cuando le conocí de verdad. El matrimonio Cayetano Alcázar y Amanda Junquera me tenían *invitada*, desde el final de la guerra, en su casa. Cayetano era amigo de toda la vida de Vicente, y al restaurar éste su casa y dejar libre el piso segundo, que ya no necesitaban él ni Conchita, su hermana, se lo ofrecieron a Cayetano. Y allí, después de mi larga estancia en El Escorial, fui a vivir con mis más queridos amigos. Vecinos ya, conocí en persona al poeta. Las terrazas de Velintonia, 5, se abren sobre el jardín de los Aleixandre, y el día que hablé por vez primera con Vicente constituyó para mí un acontecimiento inolvidable. Vicente contaba enton-

ces cuarenta y dos años; alto, distinguido, con ojos azules preciosos, cálida voz y gratas maneras. Enlutado por la muerte reciente de su padre, cordial y acogedor —y esto bien lo saben las generaciones jóvenes que pasaron por su casa—, representaba para nosotros lo mejor y hermoso de la poesía, tanto por su obra como por su persona.

Durante bastante tiempo nos vimos con gran frecuencia. Bajábamos Amanda y yo a charlar con él, o subía él a nuestra casa. Yo viví con los Alcázar en Velintonia, 5, hasta el año 1945, en que, reunidos los que formábamos una pequeña familia, en Goya, 6, hube de irme hasta que, al cabo de largos años, desaparecidos desdichadamente los míos, he vuelto a ocupar mi habitación en ya la calle Vicente Aleixandre por el tiempo que el destino disponga.

Traía yo de El Escorial infinidad de poemas y prosas, que le fui enseñando a Vicente. La mayor parte de las veces le oíamos a él leernos los que un día serían componentes de *Sombra del paraíso* y de otros libros posteriores. Eran tardes magníficas. Todo se quedaba tan lejos, que parecía imposible admitir que hubiera otra vida más allá de la Poesía. Las inquietudes, las preocupaciones, se evaporaban oyéndole.

Mi libro *Mujer sin Edén*, publicado en 1947, ya estaba en marcha y los que cuenta *Ansia de la Gracia* —una antología de ellos la edité por mi cuenta con el título *Pasión del Verbo*— eran una realidad. Los traía esbozados desde El Escorial y fueron cuajándose en Velintonia y decidiéndose en Goya, 6.

Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre mantenían el edificio, limpio y desinteresado en sus ejes humanos, de la Poesía heredada de los años anteriores a 1936. Un trabajo fervoroso de ambos, conscientes de la necesidad que de él se tenía en la posguerra, logró ser el firme puente indestructible entre el pasado y el presente: por debajo corrían aguas oscuras, amenazadoras, que urgía salvar.

Dos poetas serenos, con juicios clarividentes, abrieron puerto de paz y de esperanza a los que llegábamos heridos y a los que era preciso librar de la angustia.

Cuando yo reaparecí en las letras españolas, un escritor que se firmaba «Andrenio» en la revista *Destino*, de Barcelona, tuvo la gentileza de escribir un artículo titulado «Velintonia, 3; Velintonia, 5», comentando algo escrito por mí. Fueron años decisivos para todos y en ellos no nos abandonó jamás la poesía propia y ajena.

La poesía de Vicente Aleixandre es oceánica:

*océano absoluto que soy cuando, dormido,
irradio verde o fría una ardiente pregunta... (1).*

(1) P. 119 de la 2.^a edic. de *La destrucción o el amor*.

Abarca tres partes del mundo. La cuarta, si es que pertenece a una extensión menos entregada a la naturaleza, sin serle imposible, la deja fuera de su obra. Naturaleza total, abarcativamente naturaleza. Más que el ser humano anecdóticamente, los elementos con toda su avasalladora presencia.

Vicente-hombre no es ajeno a ninguna contingencia humana. Vicente-poeta la hunde en su oceánico estro y la con-funde con el Universo que brama o puebla suavemente su impresionante creación poética.

*¿Quién dijo acaso que la mar suspira,
labio de amor hacia las playas, triste?
... ..
Dejad que envuelta por la luz campee...
... ..
Allá, reverberando,
sin tiempo, el mar existe (2).*

Vicente Aleixandre es «un pecho robusto que reposa atravesado por el mar», indiscutiblemente (3).

Consciente de su plenitud, la irradia:

*Amigos, no preguntéis a la gozosa mañana
por qué el sol intangible da su fuerza a los hombres.
... ..
¡Ah! amigos, arrojad lejos, sin mirar los artefactos tristes,
tristes ropas, palabras, palos ciego, metales,
y desnudos de majestad y pureza frente al grito del mundo,
lanzad el cuerpo al abismo de la mar, de la luz, de la dicha inviolada,
mientras el universo, ascua pura y final, se consume (4).*

Cité, y harto experimentada está, su cordialidad acogedora:

*... Porque yo nací entero cada día, entero y tierno siempre,
y débil y gozoso cada día hallé naciendo
la hierba misma intacta: pisé leve, estrené brisas,
henchí también mi seno, y miré el mundo
y lo vi bueno... (5).*

En ese hermoso poema ofrecido a su padre, y en el cual hay resonancia bíblica, el poeta testifica su entrega a la aceptación de todo lo creado. Y en su poema «Al Hombre», dice:

*¿Por qué protestas, hijo de la luz,
humano transitorio que en la tierra,
redimes por un instante tu materia sin vida?
... ..*

(2) P. 136 de *Sombra del paraíso*.

(3) P. 13. *Ib.*

(4) Pp. 123-125. *Ibidem*.

(5) P. 159. *Ib.*